



Carmen Guerra

Una dimensión alternativa a nuestro modo de vida
Por una arquitectura de la ruralidad

FOTOGRAFÍA:
RAMÓN MASATS >1/3
JESÚS GRANADA >2

1 Oponer el concepto de rural al de urbano ha sido una constante en el entendimiento básico del territorio; lo urbano, como concentración de población y de actividades muy diversificadas, tanto de producción como de servicios. Tradicionalmente también lo rural aparece como un ámbito eminentemente productivo; en particular, como es lógico, de la actividad agrícola y ganadera. Ese reparto de papeles tradicional se ha ido consolidando progresivamente con el desarrollo de las tecnologías productivas que, aunque inciden con más fuerza en el desarrollo urbano, terminan por alcanzar el entorno productor rural con una intensidad creciente, en algunos países desde los primeros años veinte, y de forma más generalizada a partir de los años cincuenta^[1]. Este proceso, que en el ámbito de la geografía rural se denomina productivismo^[2], implica entonces aplicar los criterios de "racionalidad productiva" al sector agrícola y ganadero como se aplicaría a cualquier sistema económico productivo. Las características principales de este proceso al que aludo serían: intensificación, concentración y especialización^[3], que generan, entre otros efectos, un descenso de la población rural -que pasa a engrosar los núcleos urbanos- y una importante transformación del paisaje, al introducirse nuevos métodos de explotación, fundamentalmente mediante la mecanización.

De este proceso heredamos también una idea de ruralidad en decadencia, decadencia efectivamente provocada por una actividad intensiva que deteriora todo el tejido de relaciones tradicionales en el campo. Y que termina por acentuar su despoblamiento y su abandono. Una situación que reivindica la constante atención de la sociedad en forma de ayudas remediales, hacia un sector "en inferioridad de condiciones", y, por lo tanto, necesitado de incentivos que dinamicen ese entorno en fase de deterioro. La actitud de las administraciones generales o locales hacia este problema ha estado por ello, durante este periodo, orientada a potenciar actividades correctoras de los factores negativos de dicho proceso. Frente a ésta, las mismas instituciones presentan otra actitud mucho más restrictiva en el ámbito urbano, donde la prioridad es precisamente controlar las actividades, tanto en cantidad como en localización.

Sobre este orden de realidades en el ámbito nacional va a incidir decisivamente todo lo que vendría a derivarse de una Política Agraria Común, emanada de la Unión Europea. Política que va a tener como base un concepto radicalmente diferente de lo rural. En primer lugar sustituyendo el modelo productivista por el postproductivista cuyas características son la extensificación, la dispersión y la diversificación, y que como consecuencia inmediata introduce en este sector productivo un factor de sostenibilidad respecto al suelo, el paisaje y la recuperación patrimonial^[4]. Pero también supone el fin de la vinculación del entorno rural exclusivamente a la actividad agraria o ganadera, introduciendo nuevas demandas de consumo en dicho ámbito. En primer lugar, con un éxito notable, las del sector turístico, complementado con instalaciones de ocio, aunque enseguida van a ser potenciadas otras actividades como las industrias dedicadas a manufacturas de productos agrarios, el sector artesanal, o el educativo^[5].

Esta Política Agraria Común todavía sigue manteniendo el tratamiento del ámbito rural como un entorno a reactivar; su planteamiento diferencial vendría por la inserción de nuevos agentes de dinamización y al mismo tiempo de factores correctivos en el desarrollo productivista para invertir el proceso erosivo que este supone sobre el paisaje y la estructura social. Su objetivo es entonces la creación de unas nuevas dinámicas de actividad en el entorno rural que produzcan un crecimiento de abajo a arriba- fomentando los grupos de acción local- en contraposición con las actuaciones políticas precedentes.

No obstante hay un factor creciente que introduce un importante desequilibrio en esta delicada situación y es la expansión de los núcleos urbanos en periurbanizaciones. Tipo de ocupación que colmata no solo las coronas agrícolas de las ciudades, sino zonas cada vez más amplias de territorio rural, ampliando la dimensión de los núcleos de población y constituyendo "islas" de urbanizaciones rurales alejadas de las poblaciones. Este proceso de rururbanización o periurbanización introduce una tensión extraordinaria en el entorno rural, en primer lugar porque supone la actuación de un interés especulativo que genera grandes plusvalías, alejando usos distintos

al inmobiliario, o al de servicios ligados a lo residencial. En segundo lugar porque el entorno rural no dispone de la misma dinámica de control urbanístico y productivo que tienen los núcleos urbanos, por lo que resulta un terreno abonado para el florecimiento de una actividad inmobiliaria descontrolada.

Por consiguiente estos fenómenos suponen un cierto cuestionamiento de la validez de las políticas de dinamización rural, ya que parecen actuar sobre unas zonas aisladas tradicionalmente, sin tener en cuenta que este aislamiento no corresponde con la situación real de los últimos años. En este sentido algunos sectores de la sociología rural denuncian la necesidad de un planteamiento integral tanto para el entorno rural como para el entorno urbano, pues nos enfrentamos a dinámicas que no son aislables entre sí, sino que forman parte de un desarrollo conjunto y complementario. Y proponen el entendimiento del territorio como un todo continuo, en el que las diferencias de densidad entre unas zonas y otras ejercerían el mismo papel equilibrador que, en un tejido urbano suponían las zonas libres^[6].

Estos planteamientos recogen la necesidad de extrapolar los mecanismos de control urbano al resto del territorio, pero organizados desde unas líneas generales de actuación, que quizás sean, en mi opinión, el punto más débil de la propuesta, en el sentido de que cabe preguntarse dónde se pone el límite de esta actuación integral ¿en lo regional? ¿en lo nacional? ¿lo europeo? ¿o estamos hablando ya de una actuación global, planetaria? Se nos ocurre que si ya es difícil la organización territorial a nivel regional y nacional, aun contando con instituciones específicas para ello, y dando un voto de confianza a las cuestionables actuaciones de la organización comunitaria europea, sería demasiado optimista suponer que una organización planetaria recogiera efectivamente las necesidades reales de la totalidad del territorio^[7].

El debate está así planteado en varios frentes: desde la elección entre actuaciones que van de lo local a lo general y lo que sería literalmente su antítesis; hasta el conflicto entre un uso creciente e indiscriminado de determinados espacios y la preservación de aquellos usos que los indivi-

dualizan como patrimonio, al nivel evidentemente de cultura material.

Por otro lado la transformación de usos y costumbres, a la que asistimos, afecta por igual a ambos territorios porque se genera desde los medios de comunicación de masas, medios que no registran ningún tipo de división territorial efectiva. No obstante habría que calibrar los

posibles inconvenientes de estos cambios, tanto en el tipo de sociedad que propician⁽⁸⁾ como en el tipo de ocupación del espacio que generan. También sería necesario valorar las posibles alternativas a este proceso, no sólo aquellas que vienen desde un uso de la tierra ligado a la Ecología, sino las que, desde una concepción alternativa al hombre tecnológico, nos llegan de la filosofía⁽⁹⁾.



「**Z**」 Volviendo ahora a nuestro campo específico con estos ojos, podría parecer que la actitud más clara sería la de situarse en el marco de una sociedad global, científico técnica, y desde sus planteamientos, reformular la relación arquitectura-territorio, en una nueva actitud funcionalista renovada con posibles matices de sostenibilidad. Si miramos la situación de la arquitectura actual parece existir una desconexión entre la mayoría de la producción arquitectónica y los patrones culturales de la sociedad. Por otro lado la disciplina en sí presenta una enorme dispersión y fragmentación tanto en los planteamientos teóricos como en la práctica arquitectónica⁽¹⁰⁾, por lo que parece arriesgado apostar por un planteamiento integrador o por una posible respuesta homogénea.

Sin embargo, sí pueden proponerse líneas de actuación que, de manera experimental, adelanten respuestas a algunos de los problemas que hemos planteado. En primer lugar, no parece conveniente actuar desde una actitud arquitectónica ajena al entorno, no sólo porque la conexión con el contexto concreto ha sido uno de los temas básicos de la regeneración de la Arquitectura Moderna al menos desde los años sesenta, sino porque esta vía, a través de Alison y Peter Smithson, Enric Miralles o Álvaro Siza⁽¹¹⁾, ofrece posibilidades de buscar una identidad diferenciada, especialmente valiosa para amortiguar los efectos de una cultura excesivamente homogeneizadora. Por lo tanto una de las líneas de actuación podría ser la de reconocimiento de los rasgos diferenciales de un determinado lugar en la actuación arquitectónica, a nivel espacial, en la lógica del terreno, en las pautas de habitabilidad del territorio, pero también ¿por qué no? a nivel formal, en la lectura de las ocupaciones previas, de las pautas culturales existentes, en el lenguaje local.

En segundo lugar, una buena parte de la investigación arquitectónica que se realiza en la actualidad se dedica a la redefinición de los espacios habitables, en tanto que intentan adaptarse a los nuevos patrones culturales y sociales. Quizás este proceso esté generando una revolución mansa de los modelos habitables racionales que nos han venido acompañando desde la Ilustración, y habría que incidir en la redefinición de una nueva habitabilidad para un nuevo hombre, o si se quiere, buscar una lógica del espacio que refleje los nuevos valores.

z

Esa nueva habitabilidad no debería formularse sin tener en cuenta la mediación con el usuario, en el sentido de que la arquitectura ha ido perdiendo aceleradamente en los últimos años una buena parte de la autoridad tradicional que, sobre la opinión de los habitantes, ejercía o disfrutaba. Se trataría entonces de aprovechar esta nueva situación como un reto, el de integrar la acción del usuario en el propio hacer proyectual, creando un ámbito de diálogo donde el habitante pueda realmente sentir que su vivienda se adapta a él, pero también donde el usuario aprenda de unas limitaciones fijadas por el entorno donde ha elegido vivir.

Por último no podríamos dejar de lado los cambios profundos a los que la arquitectura como profesión se ha visto enfrentada en los últimos veinte años y de los cuales surge un nuevo papel para la misma, como acertadamente anticipó Rem Koolhaas. Sin discutir su clarividencia, el suyo no tiene por que ser el único planteamiento, ya que es posible una actividad mucho más comprometida con la mediación entre sociedad-medio-arquitectura que la que él plantea y que recientemente él mismo ha descubierto. Sin ánimo de entrar en polémica, es necesario encontrar un modo de expresión en los medios de comunicación que no suponga la rendición incondicional a los criterios de espectacularidad y predominio exclusivo de una imagen plana de la arquitectura ■



3

- 1 En España el proceso es aún posterior por las circunstancias políticas imperantes, fechándose entre los últimos años sesenta y los setenta, como desarrolla Javier Esparcia Pérez en "Las políticas de desarrollo rural: evaluación de resultados y debate en torno a sus orientaciones futuras" p. 267, dentro del libro *El mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*, Publicaciones del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid 2001.
- 2 Nick Evans ibidem p.45, "Reflexiones en torno al modelo agropecuario productivista".
- 3 Bowler I. & Ilbery B. 1998, *From agricultural to post-productivism*.
- 4 Entendida en sentido amplio, desde el patrimonio edificado y etnológico, hasta el mantenimiento de cultivos y cabañas ganaderas tradicionales en peligro de extinción.
- 5 El sector turístico ha protagonizado las mayorías de las subvenciones europeas y nacionales que deparan los fondos Leader I y II y Proder durante la década de los noventa, el cambio empezará a afectar a las últimas actuaciones de este período y a la segunda fase de estos programas Leader + y Proder II, a partir del año 2000. Javier Esparcia Pérez en "Las políticas de desarrollo rural: evaluación de resultados y debate en torno a sus orientaciones futuras" p. 280.
- 6 Artemio Baigorri "De lo rural a lo urbano. Hipótesis sobre las dificultades de mantener una separación epistemológica entre Sociología rural y Sociología urbana en el marco del actual proceso de urbanización global" del V Congreso Español de Sociología. Granada 1995.
- 7 Recordemos que los organismos supranacionales suelen estancarse en las discusiones de casos conflictivos, y cuando se logra un consenso suele resultar dirigido y comprometido por la preponderancia de determinados países, como hemos podido comprobar en los últimos meses.
- 8 Por ejemplo los enunciados por Helena Béjar en "La nueva modernidad" en el libro *Hacer vivienda, Acerca de la Casa 2*. Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla 1998.
- 9 Ver Peter Sloterdijk *El hombre autooperable* revista Sileno nº 11. Identificación y desarrollo S.L. Madrid 2001. Ver Félix Duque en *En torno al humanismo* Tecnos, Madrid 2002.
- 10 La base de este desarrollo se encuentra en el Programa de la asignatura Teoría de la Arquitectura: "El pensamiento diseminado. Mapas contra huellas", de la ETSA Sevilla, elaborado por el profesor J.R. Moreno y que imparten los profesores M. Pérez Humanes, C. Tapia Martín y C. Guerra de Hoyos, y que continua la línea docente e investigadora iniciada por el profesor R. González Sandino.
- 11 Upper Lawn, de los Smithson, el Cementerio de Igualada de Miralles, o el Centro Gallego de Arte Contemporáneo de Siza son algunos de los muchos ejemplos de esta actitud.